

CAPITULO XXXI.

Notables cartas á consecuencia de la prision del rey de Francia.—Insurreccion de los moriscos de Valencia.—Obstinada defensa que hacen en la sierra de Espadan.—Movimiento entre los moros de Aragon y Granada.—Cortes de Toledo.—El rey Francisco I es conducido á Madrid.—Negociaciones para su libertad.

EXTRAORDINARIO fue el efecto que produjo en Italia la batalla de Pavía.

La guarnicion francesa que en Milan existia, inmediatamente que tuvo noticia de lo ocurrido, abandonó la ciudad para evitar el ser perseguida, no quedando en un brevísimo plazo en toda Italia mas franceses que los prisioneros.

Grandes eran las penalidades y sufrimientos que habian por tantas veces puesto á prueba la constancia de los españoles, pero harto compensados quedaron con las joyas, armas, caballos, vestidos y víveres que recogieron en el campo de batalla.

Francisco I fue conducido al castillo de Pizzighitone en las orillas del Adda, escribiendo inmediatamente al Emperador una carta en la cual, entre otras cosas referentes á su desgracia, le decia: «Sed cierto que no tengo consuelo en mi infortunio si no es la esperanza de vuestra bondad, que si os pluguiere usarla conmigo, vos obrarais como príncipe generoso y yo os quedaria para siempre agradecido.» añadiéndole en otro párrafo: «Así, pues, si os placiere tener piedad de mí mediante la seguridad que merece la prision de un rey de Francia, á quien se quiere hacer amigo y no desesperar, podeis estar seguro de que en vez de un prisionero inútil tendreis un rey siempre esclavo vuestro. Para no cansaros por mas tiempo, pongo fin á mi carta, recomendando á vuestra voluntad aquel que solo espera que os plazca llamarle en vez de prisionero, vuestro buen hermano Francisco.»

Tambien Luisa de Saboya, madre del egregio prisionero, escribió á Carlos otra carta, en la cual le prodigaba las mas cariñosas frases, congratulándose de que habia caido en su poder, puesto que creia que la anterior enemiga que se profesaban habia de tornarse en perpétua amistad y union.

El Monarca español, sin aventurarse á prometer nada, contestó á esta carta con otra, en la cual se adivina desde luego que no se dejaba halagar por afectuosas frases, diciendo así:

«Madama: He recibido la carta que me habeis escrito con el comendador Peñalora, y de él tambien supe lo que vos ovo dicho acerca de la prision del Rey vuestro hijo. Yo doy muchas gracias á Nuestro Señor por todo lo que á él le ha placido permitir, porque espero en su divina providencia, que esto será camino para que en toda la cristiandad pongamos paz y contra los infieles volvamos la guerra. Sed cierta, madama, que tal jornada como esta, no solo no será en estorbarla, mas aun tomaré el trabajo de encaminarla, y allí emplearé mi hacienda y aventuraré mi persona. Sed tambien cierta, madama, que si paz universal vuestro hijo y yo hacemos y tomamos las armas contra los enemigos, todas las cosas pasadas pondré en olvido, como si nunca enemistad entre nosotros hubiese pasado.»

«Yo envío á Mr. Adrian á visitar á vuestro hijo sobre el infortunio que le ha sucedido, del cual si nos place por el bien universal que de su juicio esperamos, por otra parte nos ha pesado por el antiguo deudo que con él tenemos. Tambien lleva monseñor Adrian una instruccion asaz bien moderada, y no menos justificada, para que os la muestre á vos y al Rey vuestro hijo. Y si deseais quitaros de trabajo y sacar á él de cautiverio, ese es el verdadero camino. Debeis, pues, con brevedad platicar sobre esta nuestra instruccion, y tomar luego resolucion de lo que entendis hacer, y respondernos, porque conforme á vuestra respuesta, alargaremos su prision ó abreviaremos su libertad.»

Aun cuando Carlos, al tener noticia de la prision de su rival, como hábil político, no demostró ni orgullo, ni extraordinario regocijo, contentándose con asistir á la capilla á dar gracias á Dios y con recibir las felicitaciones de los embajadores de las demás potencias, prohibiendo que se hicieran manifestaciones públicas de la general alegría, trató, sin embargo, de sacar todo el partido posible de aquel azar que habia puesto en su poder al hombre á quien mas deseaba humillar.

Y esto se ve bien patente en los párrafos de la carta que antecede, aun cuando mas tarde Francisco, segun tendremos ocasion de demostrar, supo burlar por completo todas las esperanzas y todos los cálculos de su antagonista, faltando á su palabra solemnemente empeñada.

Precisamente en los momentos en que ante los muros de Pavía jugaban tan terrible albur los dos monarcas mas poderosos de su tiempo, en España reinaba cierta fermentacion que produjo mas tarde algunos conflictos.

Aun cuando los edictos de los Reyes Católicos respecto á los moros de Granada no se habian hecho extensivos á los reinos de Aragon y Valencia, en este punto, durante la época de las germanías, se les habia obligado á bautizarse; mas al desaparecer aquellas, todos los recién bautizados abandonaron la Iglesia católica perseverando en sus antiguas creencias.

Noticioso de esto el Emperador, en abril de 1523 expidió un decreto, por el cual se declaraban cristianos á aquellos que habian sido bautizados, pregonándose por todo el reino que en el espacio de treinta dias ingresaran nuevamente en el seno de la Iglesia, bajo pena de muerte y confiscacion de bienes.

El rigor de esta medida queda explicado, sabiendo que se les acusaba de sostener relaciones con los musulmanes de Africa y

Constantinopla, sirviéndoles de espías para tenerles al corriente de lo que el mundo cristiano pudiera proyectar en su contra.

Bautismos impuestos por la fuerza, y cuyo móvil por parte de quienes le reciben es solamente el interés particular ó el temor, no pueden producir mas que disgustos y perturbaciones, y así sucedió que en 1526 recibieron las aguas bautismales por medio de la aspersion muchos miles de moros, mas cuando se les exigió el cumplimiento de los deberes que habian contraído, los musulmanes de Benaguacil fueron los primeros en alzarse contra el Monarca, refugiándose en la áspera y quebrada sierra de Espadan, donde les siguieron inmediatamente multitud de sus correligionarios de otros puntos.

Necesarios fueron muchos esfuerzos para vencerles, no omitiéndose diligencia alguna de las que se acostumbraban á practicar, como la de conceder indulgencias á los que fueran á combatir á los infieles de Espadan y la de unir los soldados alemanes, que trajera Carlos de Flandes, á las fuerzas que en Valencia mandaba el virey, consiguiendo de este modo ir apoderándose de todas las posiciones que ocupaban los rebeldes, los cuales no tuvieron otro remedio que ponerse á merced del Emperador.

Tambien en Aragon hicieron los musulmanes algunas tentativas, pero fueron desarmados inmediatamente, y recibieron el bautismo como los de Valencia, es decir, por la fuerza, no por su voluntad.

Los de Granada, aun cuando en los primeros momentos, y durante la visita que el Emperador hizo á aquella comarca en 1526, se hicieron acreedores, por sus faltas en el cumplimiento de sus deberes como tales cristianos, á que el Monarca determinase que la Inquisicion de Jaen se trasladase á Granada para imponer á los conversos: merced á un donativo de 80,000 ducados consiguieron que se suavizase algun tanto el rigor de las disposiciones contra ellos tomadas.

Aun cuando quedaron dominadas todas estas pequeñas tempestades, dejaban, sin embargo, indicado el camino que andando el tiempo debian de recorrer otras nuevas, que estallando con mayor furia habian de producir tambien mayores estragos.

En 1525 celebráronse Cortes en Toledo, en las cuales se votó un subsidio de 200 cuentos de maravedis para que el Emperador pudiera atender á sus vastos proyectos, proponiéndose en ellas varias leyes para la mejor gobernacion de los reinos, aconsejándose en ellas tambien al Monarca su casamiento con D.^a Isabel de Portugal, y alcanzando á su vez de la corona la oferta de contestar á cuantas peticiones se la hiciesen durante el mismo período en que las Cortes estuviesen abiertas.

Mas á pesar de esto, de dia en dia fue esta institucion recibiendo golpes terribles que anunciaban su inmediato fin, perdiendo los procuradores su antigua independencia, merced á las gracias y mercedes que se les hacia, al objeto de tenerlos propicios para que accedieran á las pretensiones de la corona.

La prision de Francisco I, durante todo el espacio en que ocurrieron los sucesos de que acabamos de hacernos cargo, seguia preocupando á todos los estados de Europa, habiéndose verificado en todos ellos una reaccion extraordinaria en su favor, que no se atrevian á manifestarla ostensiblemente por el temor que les inspiraba su poderoso rival, mas que no por esto era menos amenazadora para este.

Felizmente Carlos supo conducirse en aquellas circunstancias como un político consumado, y sin deslumbrarse por la suerte que habia tenido, comprendió que no era prudente entrometerse en demandar cesiones de territorios, ni en invasiones de dudoso resultado, sino únicamente ver de alcanzar un tratado beneficioso para él, sin despertar por medio de otras exigencias los recelos de las demás potencias.

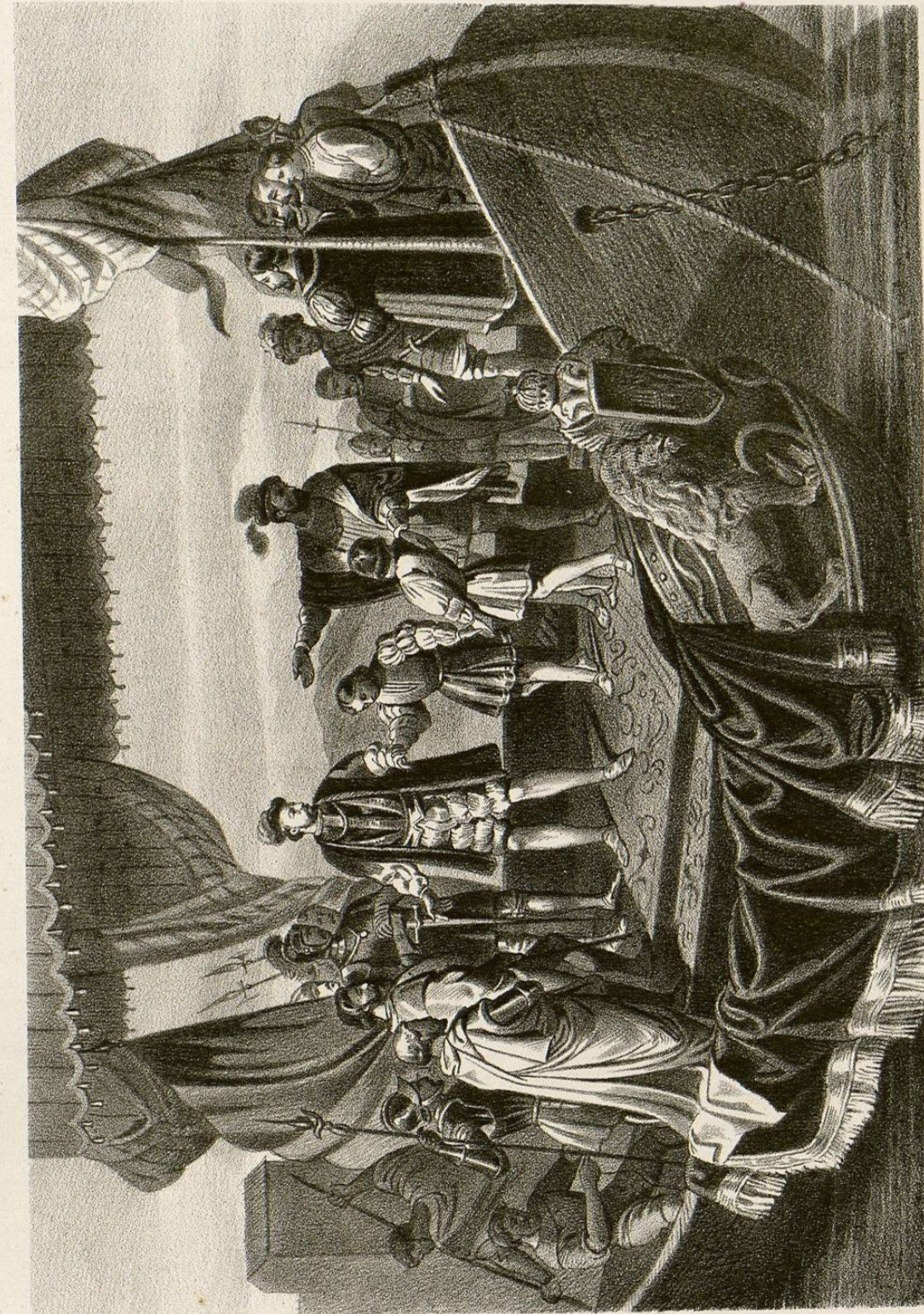
Estas, sin embargo, como ya hemos dicho, estaban preparándose para lo que pudiera ocurrir, y el Papa, lo mismo que la república veneciana, á la par que sonreian á Carlos, le felicitaban por su triunfo y ofrecian á Lanoy el primero 12,000 ducados, y la segunda 80,000, entablaban negociaciones con la madre del rey de Francia.

Los demás estados y señoríos italianos procedian de igual modo, y el rey de Inglaterra, aconsejado por el cardenal Wolsey, entraba tambien en relaciones con Luisa de Saboya y felicitaba á Carlos, pretendiendo de este los embajadores de aquel, que les entregase la persona del rey de Francia.

Enrique VIII comprendió que le era menos peligroso el engrandecimiento del rey de Francia que el del Emperador, y en virtud de esta creencia comenzó á obrar.

La reina Luisa, con una destreza extraordinaria, en medio de aquellas difíciles circunstancias, supo sacar partido de las rivalidades y envidias de los amigos del Emperador, y como dice perfectamente un historiador: «La causa de la Francia contaba con mayores probabilidades de triunfo despues de su gran derrota, que al atravesar su ejército los Alpes.»

Tambien lo comprendió el Emperador así, y nada de esto debió pasar desapercibido para él, toda vez que obró con una circunspeccion y prudencia extraordinarias.



LIBERTAD DE FRANCISCO I, QUEANDO SUS HIJOS EN REHENES.

CAPITULO XXXII.

Tratado de Madrid entre el Emperador y el rey de Francia.—Secreta protesta de este.—Recobra su libertad dejando en rehenes á sus hijos.—Casamiento de Carlos con D.^a Isabel de Portugal.—Descontento de Pescara y del condestable de Borbon.—Marcha este á Madrid.—El canciller Moron intenta seducir á Pescara.—Muerte de este y nombramiento de Borbon para general en jefe del ejército de Italia.

Las condiciones impuestas por el Emperador á Francisco, y bajo las cuales habia este de obtener su libertad, eran un tanto ditas, y hasta si se quiere inadmisibles, pero indudablemente llevábase la idea, al formularlas, de atenuarlas algun tanto despues.

Sin embargo, á pesar de su dureza, Francisco, que se habia indignado al conocerlas, mostróse, lo mismo que su madre, dispuesto á aceptarlas, exceptuando la devolucion de la Borgoña al Emperador, y la cesion de los territorios franceses al rey de Inglaterra.

Francisco, alentado por Lanoy, abrigaba la esperanza de que tal vez mejorase el Emperador sus condiciones si él pudiese verle, y convenidos ambos, proporcionando el mismo rey de Francia los buques que habian de conducirle á España, embarcáronse en ellos las tropas españolas, bajo el mando de D. Fernando de Alarcon, y custodiando á su prisionero, aparentando que se dirigian á Nápoles, pusieron la proa hácia las costas españolas, llegando al puerto de Rosas en 8 de junio, emprendiendo inmediatamente el viaje á Madrid por Barcelona, Valencia, Guadalajara y Alcalá, recibiendo durante su camino repetidas muestras de benevolencia y afecto; mas á pesar de esto, todas las esperanzas de Francisco quedaron defraudadas apenas llegó á la corte.

La mayoría de los historiadores aseguran que el Emperador no tuvo noticia alguna respecto al propósito de Lanoy, hasta que el ilustre prisionero se halló en territorio español, pero á nosotros, sin que nos atrevamos á afirmar lo contrario, no nos parece presumible que en asunto de tanta importancia como la traslacion de un prisionero de la categoría del Monarca francés, se atrevieran sus generales á hacerlo sin darle noticia hasta que se hubo verificado; pero sea de ello lo que quiera, consecuente el Emperador con el plan que se habia propuesto, limitóse á saludar á su cautivo por escrito, sin pasar á verle á su prision.

Semejante desengaño abatió el ánimo de Francisco, que cayó enfermo de alguna gravedad, y únicamente en este caso fue cuando Carlos abandonó su estudiada reserva, y pasó á visitarle.

En su corta entrevista, el Emperador prodigó las mas afectuosas frases al ilustre preso, dándole palabra de que pronto recobraría su libertad.

Merced á esta esperanza, y á los cuidados de la princesa Margarita su hermana, que llegó precisamente en aquellos dias, recobró la salud el augusto enfermo.

Entabladas de nuevo las negociaciones, la devolucion de la Borgoña fue como antes el obstáculo insuperable que se oponia á la libertad de Francisco.

Este disgustado, y perdidas otra vez las esperanzas; un tanto afectado por las muestras de aprecio que por parte del Emperador recibia el condestable de Borbon, que hacia poco llegara á la corte, manifestó deseos de abdicar la corona en su hijo el Delfin, bajo la tutela de la reina madre ó de su hermana Margarita en caso de fallecimiento de aquella.

Este deseo pasó bien pronto á ser hecho, firmando Francisco el acta de abdicacion en favor de su hijo el Delfin, ordenando que con todas las formalidades de estilo fuese registrado este documento por el Parlamento, y que se procediese inmediatamente á la coronacion del nuevo rey.

Confióse al duque de Montmorency el documento mencionado, y con él partió para Francia, siguiéndole poco despues la princesa Margarita que, perdida toda esperanza de un decoroso arreglo, sentia su salud alterada de una manera notable (1).

Al llegar esta resolucion á noticia de Carlos temió perder por excesiva tirantéz todo el resultado que esperaba de la situacion en que se hallaba, puesto que siendo así, en vez de tener halagado su orgullo con la prision de un monarca, reduciase esta á la de un caballero de mas ó menos elevada alcurnia, y atenuó las condiciones en términos de poderse al fin, en 14 de enero de 1526, celebrar el tratado llamado de Madrid entre él y su prisionero.

Por él se establecia paz y perpétua concordia entre Francisco y Carlos, y libertad en el trato, comunicacion y relaciones entre los súbditos de ambos estados; el ducado de Borgoña habia de restituirse á Carlos dentro del término preciso de seis semanas contadas desde el dia inmediato al en que entrase el rey de Francia en su reino, quedando en rehenes, para seguridad de este convenio, los dos hijos de Francisco, el Delfin y el duque de Orleans, ó en lugar de estos, doce de los mas principales caballeros del reino; el rey de Francia renunciaba por completo á sus pretensiones sobre los estados de Nápoles, Milan, Génova, el Artois y el Hainaut; Francisco habia de tomar por esposa á la hermana de Carlos, D.^a Leonor, viuda del rey de Portugal, y el Delfin á la hija del rey de Portugal.

Igualmente comprometíase el Monarca francés á devolver al duque de Borbon todos sus estados, procurando por todos los medios posibles hacer renunciar á Enrique de Albret á sus pretensiones sobre Navarra; á costear galeras y tropas cuando el Emperador pasase á Italia; á satisfacer al rey de Inglaterra los ciento treinta y

(1) Esta acta de abdicacion no quedó registrada en el Parlamento, porque no se presentó oportunamente, no por la razon que da Sismondi de que el mismo Rey la retractara al poco tiempo de haberla firmado.—Champoignon-Figeac, *Captivité du roi François I.*

tres mil trescientos cinco escudos anuales que el Emperador le debia desde 1522, enviando tambien su tercer hijo, el duque de Angulema, á España, al objeto de que pudiera asegurarse mucho mas la amistad entre ambos reinos.

Los dos Monarcas contratantes se comprometieron á pedir al Pontífice que, al objeto de ocuparse del bien de la cristiandad, convocase un Concilio general, en el cual habia de tratarse tambien de la guerra sobre los turcos.

Al cumplimiento de los anteriores capitulos empeñó Francisco I su real palabra, ofreciendo constituirse prisionero en el caso de faltar á alguno de ellos.

Imposible parece que aquel tan caballeroso Monarca pudiera faltar despues de una manera tan indigna á su fe empeñada, borrando con su conducta posterior toda la gloria que por su proceder anterior adquiriera.

La cuestion para Francisco fue la de salir de su posicion á cualquier precio, y precisamente lo pagó con el mas caro posible, con el de su honor, con aquel mismo honor que, segun sus propias frases, era lo único que en Pavia no se habia perdido.

Distintas fueron las veces que reiteró al Emperador que cumpliria lo pactado, y, sin embargo, el dia antes de firmar el tratado reunió á sus consejeros, y con la mayor solemnidad y ante los notarios, que para el efecto hizo que estuvieran presentes, protestó contra aquel convenio, declarándole nulo y de ningun valor, puesto que se le exigia por la fuerza.

¿No valiera mas que con noble entereza le rechazara al proponérsele, perdiendo, antes que ceder, la corona, que no manchar su hidalguía, y herir la dignidad de su país con un acto tan desleal?

Francisco salió de Madrid escoltado por un cuerpo de caballería que iba bajo el mando de Alarcon, y en el Bidasoa, á cuyas orillas habia acudido Lautrec con el Delfin y el duque de Orleans, se verificó el canje, penetrando Francisco en el territorio francés mientras sus hijos entraban en España.

Tal fue la alegría del rey de Francia al verse en su país, que cabalgando en el caballo que le tenian preparado, dirigióse lleno de alegría hácia San Juan de Luz, exclamando: *Je suis encore roi.*

Y sin duda, al recobrar la libertad perdió la conciencia de su deber, toda vez que en vano el virey de Nápoles, Lanoy, fue siguiéndole hasta Bayona, reclamándole el cumplimiento de lo estipulado en Madrid; bajo el pretexto de someter á la aprobacion del Parlamento aquel convenio, marchó á París sin haber hecho nada, mientras que la infanta D.^a Leonor, su desposada, volvía desde Vitoria á Burgos, y sus hijos eran conducidos á la fortaleza de Villalba de Alcor.

El Emperador, despues de haberse despedido del rey de Francia, marchó á Sevilla, donde debia celebrarse su matrimonio con la hermana del rey de Portugal, la princesa D.^a Isabel.

Matrimonio fue este que tanto á los españoles como á los portugueses satisfizo en gran manera.

La princesa reunia á una belleza extraordinaria relevantes dotes morales, y fácilmente se conquistaba todas las simpatías, y la gloria del Emperador, á su vez, no podia menos de dejar satisfechos cumplidamente á los portugueses.

El dia 14 de marzo se verificó la boda, solemnizándose con suntuosas fiestas y populares regocijos.

Entre tanto, la situacion en Italia no tenia nada de agradable, pues dando comienzo por la sublevacion de los soldados á consecuencia de la falta de pagas, terminó por el disgusto que tanto Borbon como Pescara experimentaron al ver que Lanoy marchaba á Madrid, temerosos de que él tratara de ponerse en buen lugar con el Emperador respecto á lo ocurrido en Pavia, siendo así que ellos fueron los que mas hicieron en aquella memorable jornada.

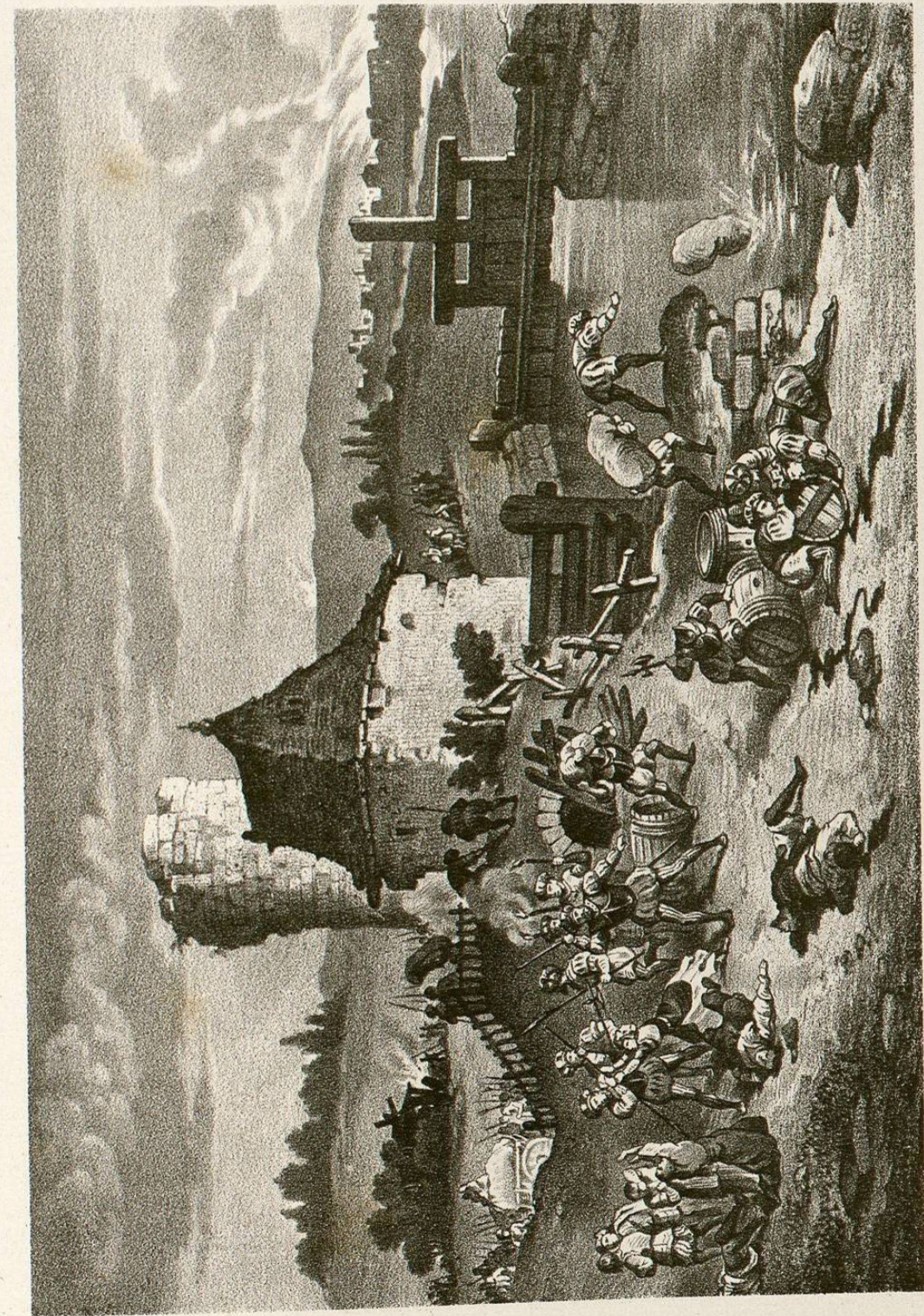
El condestable de Borbon marchó á Madrid tambien, pero Pescara se quedó al frente del ejército, y el canciller de Milan, Jerónimo Moron, procuró utilizar su disgusto instigándole á que se rebelase contra su Rey, entrando en la liga que se formaba entre el Papa, Venecia, Florencia, Milan y Francia, dejándole entrever en perspectiva, como pago de su traicion, la corona de Nápoles.

Pescara dióle oídos al principio, pero su lealtad fue superior á su resentimiento, y dió parte á Carlos de lo que ocurría, terminando este incidente con la prision de Moron, y haciendo que todas las plazas del Milanesado fuesen ocupadas por los españoles.

Al mismo tiempo el duque de Milan fue citado por el Emperador para que acudiera personalmente á vindicarse de las graves acusaciones que se le hacian.

Despues de esto falleció el marqués de Pescara, que hubiera llegado á ser uno de los mas grandes capitanes de su siglo, como dicen algunos historiadores, sucediéndole el condestable de Borbon que fue nombrado general en jefe del ejército de Italia.

Carlos, que no queria todavía romper abiertamente con el Pontífice, fingiendo que accedia á sus deseos, confirió tambien la investidura del ducado de Milan al Condestable, haciéndole la promesa de que seria su esposa la misma princesa D.^a Leonor, hermana de Carlos, que, como hemos visto, estaba prometida al rey de Francia.



INCENDIOS Y SAQUEOS LLEVADOS A CABO POR MUNTZER Y SUS GENTES.